



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 18 DE NOVIEMBRE DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Historias extrañas y extraordinarias: Cuates y gemelas

El cuervo en el espejo

Olga de León

Escuché tambores, cascabeles por lo bajo, saltos y gritos de alegría. Una generación más, la de este semestre, festejaba su conclusión de los estudios de la carrera de Economía. Me había enterado cuando, un par de horas antes, me dirigía hacia las puertas de grueso cristal del centro de investigaciones, que se encuentra justo pasando el amplio patio interior y antesala del Auditorio, que crece desde el acceso principal a la escuela hasta el que conduce a él por su lado derecho y a las canchas, jardines y patio por la izquierda.

Más tarde llegaría el Mariachi. No me esperé a escucharlos desde mi cubículo, pues arribé al edificio y en cuanto me instalé frente al escritorio y el ordenador, me di cuenta de que no traía mis lentes. Pude revisar con dificultad un par de páginas de un texto que había dejado ya casi por terminar, e hice algunas cosas pendientes de escritorio, ordené papeles... y nada más. Sí intenté escribir (continuar con mi cuento, o empezar otro), pero no pude; veía borroso y aunque aumentara el tamaño de la letra y la página, no veía con claridad; tampoco el teclado estaba enfocado para mis ojos sin lentes.

Decidí volver a casa y desde acá terminar mi entrega del domingo. Llegué con la determinación de continuar lo que había dejado empezado, ayer. Tampoco fue la mejor decisión. No era asunto de inspiración, quizás sí un poco el cambio de espacio, pero sobre todo, las circunstancias, estaba sin enfoque ni rumbo temático. Estas, las hago a un lado, puedo hacerlo a veces... Hoy, pareciera que no. Tampoco quiero hablar de ello por el momento. La noticia que a media noche del viernes recibimos, no es para tratarse a la ligera. La muerte de alguien querido, siempre calará hondo: debo dejar que se asiente y hablar lindo del personaje, en otro momento.

...Y, sin embargo, heme aquí hablando de lo que me prometí no hablar; y eso haré. Retomaré la ficción suspendida en el viento de la imaginación, ayer.

Esa noche, poco se distinguía en la calle por donde iban, sin prisa por llegar a ningún lado específico. Caminaban, solo por caminar y recorrer el lugar, a la luz de la luna de un noviembre que empezó dejando ver que habría un crudo invierno. Las primeras nevadas recién habían caído en lo alto de las montañas y cerros. No obstante, el frío esa noche no era muy intenso, o el ejercicio al caminar, y el hacerlo bien arropado, ocultaba la temperatura que ya había descendido a nueve grados a las siete de la noche; para el día siguiente, se esperaban temperaturas por debajo de los cero grados centígrados.

Su acompañante, no se había percatado de que una hermosa ave negra, las seguía a corta distancia, que calculada



según su apreciación de "a ojo de buen cubero", estaría a cuatro metros atrás y arriba, aproximadamente. La hermana que acompañaba a la mujer caminando, confiaba siempre en ella, en su buen juicio y criterio para tomar decisiones, por eso aceptó caminar de noche, por aquel pueblito del norte, que en primavera y verano era muy visitado por los lugareños tanto como por los viajeros de otras comarcas e incluso de otros países. Es uno de esos pueblos mágicos, que nadie debería perderse de conocerlo y visitarlos al menos una vez en su vida o una por año, si pueden, recomendaba la mujer.

"-Llegamos a la Fonda", -dijo la líder. El restaurante estaba en la esquina del cruce principal del pueblo. Raúl había sido su alumno, hacía más de veinte años. Tenía un pequeño y no tan pequeño negocio de tacos de carne asada, hamburguesas y tortas. Estaba orgulloso de él y el lugar siempre lucía lleno de comensales, a veces hacían fila de espera u optaba la gente por pedir su orden para llevar a casa.

La hermana gemela, se quedó parada en el dintel de la puerta. No entró. Espantada por el ave negra que ya estaba junto a ellas y a la que vio en el gran espejo que estaba enfrente de la puerta. No entró, porque solo vio al pájaro negro y no su figura sobre el cristal plateado ni la de su gemela. La que guio los pasos de ambas hasta allí sin ninguna premeditación, quizás solo por instinto llegó al lugar, entró segura de sí misma, saludó al dueño, que estaba tan ocupado que no le contestó; y fue a sentarse con

quienes ya la esperaban. Todos se levantaron, dieron un pésame a alguien, y ella por nada entendió.

Al poco tiempo, se animó a preguntarle a dos de las mujeres: ¿quién se murió? Ninguna pareció escuchar, sonrieron sin mirarla, tras pasando su rostro, y pidieron al resto en la mesa que hicieran un minuto de silencio por la ausente. La mujer desapareció.

Definitivo, las circunstancias, el espacio para escribir y las interrupciones repetidas, desviaron el rumbo de la historia. ¿Será esto un cuento...? No sé, empezé como relato y terminó como cuento que se va tejiendo o, peor aún, como realidad que implora por ser ficción, antes que fatalidad. Así es la vida, tiene su contraparte.

Las islas del amor y la hermandad

Carlos Alejandro

Hablaban sentados, uno frente al otro. Ambos en jeans, chamarras de cuero, tenis y cachucha: la de uno, verde; la del otro, roja. Cabello y barbas cortos ambos. Cualquiera podía adivinar que había una estrecha relación entre ellos, y que uno era la imitación del otro. Pero, solo por los rasgos físicos, era difícil concluir que fueran hijos de los mismos padres.

Charlaban en voz baja, intentando pasar desapercibidos para el resto de los comensales. Las diferencias entre ellos no eran muy notorias: uno bebía agua mineral y el otro, un té helado. El color de la camioneta de uno era azul y la del otro, naranja. Las muestras de dinero no quedaban encubiertas, por la marca de

las gafas oscuras que llevaban.

Platicaban sobre los retos que la vida brinda a los treinta años cuando se es un hombre soltero, aunque comprometido. Uno era de contar historias con la pluma entre los dedos; el otro, con un papel en la mano.

"¿Y entonces qué haces?", pregunta el más parlanchín, y continúa: "Toma en cuenta que no tienes trabajo", mientras arrebata el pedazo de papel a su hermano para escribir sobre él con su pluma de tinta verde, y luego señala hacia arriba con un dedo.

Ríen frenéticamente, y voltean a su alrededor para descubrir si alguien los observa. La única persona atenta es una chica sentada en otra mesa, con la mirada más bien puesta sobre el horizonte, aunque de pronto nota cómo uno de ellos se talla el rostro con las palmas de las manos, queriendo relajarse, respirando profundamente.

"Es como en Atlanta", dice el de cachucha verde, mientras el otro lo escucha al desenroscar la tapa metálica de su botella de agua mineral, para luego dar un trago. "¡Mira!", continúa el otro, mostrándole al hermano una foto en el teléfono celular. Se trata de un anuncio luminoso que dice: "Ama antes del desayuno", una fotografía en blanco y negro, que bien pudo haber sido tomada en 1936, en Atlanta, por algún Walker Evans.

Cables y casas, demonios de ventanas abiertas, números de grandes actos, teatros en las casas de cine, objetos bellos sobre una superficie de plata. Tres vagabundos sentados sobre la acera, a la espera de ser empleados, y más allá, una familia a la puerta de una mansión deruida. El espectáculo de una boina y una cama vieja que rechina. Carteles y mosaicos.

La chica en la mesa contigua los observa. Recuerda el abrazo de su amado en el puente, frente al río. De pronto piensa en lo disímiles que los hermanos son. Ahora los recuerda. Se trata de los cuates que estudiaron en la misma secundaria que ella, quince años atrás. Vivían en una casa enorme frente al parque del barrio, de diez o doce cuartos. Una casona que parecía iglesia, frente a la que se encontraba un terreno baldío con una pared en la que se colocaban los anuncios de las películas de cine de moda.

Las sombras se conectan. Ellos la notan a ella, sentada en su silla como en una barca, como en su pupitre de los dieciséis años, como un anuncio de tránsito que ordena mantener la velocidad baja. Ambos la querían para novia; pero ninguno se atrevió a conquistarla. Sienten casas aglutinadas, unas junto a otras, en el corazón. Son tan distintos. Solo uno de ellos se atrevió a romper su compromiso de boda. El río brinda calma. ...Y se levanta. Aquello ocurre en un instante. Nada podrá separarlo más de su hermano que el "Hola" lanzado a la ex compañera de secundaria.



Marcel Proust

(París, 1871 - 1922) Escritor francés. Hijo de Adrien Proust, un prestigioso médico de familia tradicional y católica, y de Jeanne Weil, alsaciana de origen judío, dio muestras tempranas de inteligencia y sensibilidad. A los nueve años sufrió el primer ataque de asma, afección que ya no le abandonaría, por lo que creció entre los continuos cuidados y atenciones de su madre. En el liceo Condorcet, donde cursó la enseñanza secundaria, afinó su vocación por las letras y obtuvo brillantes calificaciones. Tras cumplir el servicio militar en 1889 en Orleans, asistió a clases en la Universidad de La Sorbona y en la École Libre de Sciences Politiques.

Durante los años de su primera juventud llevó una vida mundana y aparentemente despreocupada, que ocultaba las terribles dudas que albergaba sobre su vocación literaria. Tras descartar la posibilidad de emprender la carrera diplomática, trabajó un tiempo en la Biblioteca Mazarino de París, decidiéndose finalmente por dedicarse a la literatura. Frecuentó los salones de la princesa Mathilde, de Madame Strauss y Madame de Caillavet, donde conoció a Charles Maurras, Anatole France y Léon Daudet, entre otros personajes célebres de la época.

Sensible al éxito social y a los placeres de la vida mundana, el joven Proust tenía, sin embargo, una idea muy diferente de la vida de un artista, cuyo trabajo sólo podía ser fruto de «la oscuridad y del silencio». En 1896 publicó Los placeres y los días, colección de relatos y ensayos que prologó Anatole France. Entre 1896 y 1904 trabajó en la obra autobiográfica Jean Santeuil, en la que se proponía relatar su itinerario espiritual, y en las traducciones al francés de La Biblia de Amiens y Sésamo y los lirios, de John Ruskin.

Después de la muerte de su madre (1905), el escritor se sintió solo, enfermo y deprimido, estado de ánimo propicio para la tarea que en esos años decidió emprender, la redacción de su ciclo novelesco En busca del tiempo perdido, que concibió como la historia de su vocación, tanto tiempo postergada y que ahora se le imponía con la fuerza de una obligación personal. Anteriormente, había escrito para Le Figaro diversas parodias de escritores famosos (Saint-Simon, Honoré de Balzac, Gustave Flaubert), y comenzó a redactar Contre Sainte-Beuve, obra híbrida entre novela y ensayo con varios pasajes que luego pasarían a En busca del tiempo perdido.

Consumado su aislamiento social, se dedicó en cuerpo y alma a ese proyecto; el primer fruto de ese trabajo sería Por el camino de Swann (1913), cuya publicación tuvo que costearse él mismo ante el desinterés de los editores. El segundo tomo, A la sombra de las muchachas en flor (1918), en cambio, le valió el Premio Goncourt.

Los últimos volúmenes de la obra fueron publicados después de su muerte por su hermano Robert.

ad pedem literae

"A veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas."

Marcel Proust

Letras de buen humor

"Para el beso, la nariz y los ojos están tan mal colocados como mal hechos los labios."

Marcel Proust

Gaby Vargas

Un súper héroe dentro de nosotros



en el más amplio sentido de la palabra?

En esta sociedad donde parece que el mal, el egoísmo y el deterioro ganan cada vez más terreno, las historias de los súper héroes, que promueven valores como la fortaleza, el autogobierno, la lealtad y la justicia son urgentes y estimulantes. Todos queremos identificarnos con ellas, tenerlas y vivirlas.

Hay héroes anónimos. El arquetipo del héroe nos remite a la niñez y desde entonces nos ha ilusionado e influido. Vivimos con pasión historias de príncipes que rescatan a princesas, de

hadas madrinas bondadosas y de súper héroes de cómic que vencen al mal.

La palabra "arquetipo" viene del griego arjé, que indica "principio", origen, y de tipo, que significa "modelar". Así, el modelo a partir del cual se configuran las copias es un patrón. Los arquetipos tienen que ver con la emoción y los tomamos para modelar nuestra personalidad.

Todos hemos pasado por situaciones en que ha sido necesario convertirnos en héroes o heroínas aunque sea por momentos. Hay quienes son héroes

anónimos su vida entera. Pienso en los papás de los niños con necesidades especiales. La condición se da cuando actuamos movidos por el amor o por el coraje para vencer el miedo y ponerlo al servicio de un tercero o de una causa. Cuando tenemos un familiar enfermo, cuando trabajamos sin descanso con tal de sacar adelante un proyecto. Si perdemos el empleo o el sustento y hacemos uso de nuestra imaginación y creatividad para sacar a la familia adelante, ¡somos héroes!

Muchas veces no logramos sentirnos héroes porque pensamos que para serlo se requiere nacer con un don especial. Sin embargo, ellos no son diferentes a cualquiera de nosotros. El viaje heroico por el que tienen que pasar los personajes de dichos cuentos es parecido al de muchas vidas.

Al vencer los obstáculos se da el encuentro con el tesoro, el cual puede ser un sentimiento de plenitud, conquista o gloria. En ocasiones, el triunfo no conlleva un final feliz: "...y vivieron felices para siempre", sino el sentido de paz que confiere luchar por algo en lo que creemos.

Agradezco a personas como Stan Lee que logran despertar nuestro héroe interior.

¿Quién no se ha extraviado alguna vez en el camino y ha tenido miedo, quién no se ha perdido a sí mismo una y mil veces, para después de luchar resurgir con más sabiduría, mayor fortaleza espiritual y madurez de una experiencia? Este camino ascendente es el que comúnmente encontramos en las historias de héroes, que son atemporales y resuenan en lo más profundo de nosotros, con el espíritu humano que busca elevar su manera de conducirse y habitar este mundo. Pues precisamente esa fue la fórmula de éxito de Stan Lee creador de películas como "Spiderman", "Iron Man", "Capitán América", "Hulk", "Thor", "X Men", "Los vengadores", entre otras que la mayoría hemos visto en compañía de la familia.

Una fórmula de éxito asegurado con miles de años de antigüedad y presente en todas las culturas, en la que Joseph Campbell (1904-1987), mitólogo y escritor estadounidense, basó su investigación y trabajo que dio como resultado el libro "El viaje del héroe". Pero veamos la fórmula con más detenimiento para comprender por qué es infalible.

Al leer, escuchar o ver en pantalla las historias de los súper héroes nos olvidamos de nosotros mismos, nuestra vida y trabajo. Las virtudes que muestran las historias apelan a nuestra conciencia porque se basan en valores que engrandecen al ser humano. Entonces los héroes resultan siempre atractivos y aspiracionales. ¿Quién no los admira, quién de nosotros no desea ser virtuoso